

Leoncio Guerrero M.

Audiencias



ROSENDO Vergara Leiva, casado, natural de Licantén, normalista, veinticuatro años, fué dejado cesante por supresión de cursos en un liceo de provincia. Una víctima más de las «reorganizaciones» con que, de cuando en cuando, nos regala algún ministro. Vergara era el más joven y, por lo tanto, con menos años de servicios. Este antecedente primó sobre su calidad de «casado». ¿Qué importa a nadie, a pesar de tanta frase hostigosa y vana, la familia y su financiamiento?

Vergara, indudablemente, se vino a Santiago, pues es aquí donde todo se ventila. Se sumó al montón de los afectados por la medida de marras. Los patios del Ministerio de Educación eran un hervidero. Merodeaban de la mañana a la noche por las salas y antesalas del Ministro, Subsecretario, directores generales, jefes del personal, suches y porteros. El contacto diario y la común situación los enlazó afectivamente. Los vaivenes de las diligencias eran seguidos por todos. Se alentaban mutuamente, se compadecían en los fracasos.

Cuando uno salía sonriente de alguna audiencia, lo miraban con pena. Aquél ya llevaba una promesa positiva. Pronto dejaría el grupo. ¡Qué le importaría ya las vicisitudes de los que quedaban en el inútil afán de conseguirse clases? Sin embargo, fueron pocos los agraciados, los, con «cuñas» más poderosas. Los que, como Vergara, iban con su sola audacia personal, únicamente obtuvieron decepciones y humillaciones. Se le ocurría a Rosendo que no había necesidad de «recomendaciones» cuando se trataba de especializados como él y que el mismo Estado había formado para su servicio. El rector del liceo lo había aleccionado. Pero él no le había creído. Sólo le aceptó, por cortesía, una carta-recomendación para un funcionario del Ministerio. Un día se presentó a éste, entregándole el flamante sobre con membrete del establecimiento. El personaje lo rasgó parsimoniosamente y, después de leerlo, levantó los hombros en actitud de molestia e impotencia, diciéndole:

—¿Como está el señor Romero? Yo no puedo hacer nada por usted. Personalmente, estoy muy agradecido de don Luis, soy muy su amigo; pero, por ahora, no voy a poder servirlo. Lo siento. Hasta luego.

Vergara se quedó de un palmo y, sin saludar siquiera, huyó retrocediendo. Sus pasos eran atenuados por la gruesa alfombra. Todo parecía colocado allí para hacer insignificantes a los pedigüenos de sus propios derechos. Decepcionado y asqueado, dejó de ir por el Ministerio. Vagó por las calles, deteniéndose en las

vitricas, sin ver. A veces, seguía con la vista a las hermosas muchachas despreocupadas y elásticas que le arrojaban el perfume de sus cuerpos.

En estas andanzas se dió cuenta de que los pesos iban consumiéndose. La pensión, mala y hostil, comía-
selo inexorablemente. Y el nombramiento rápido, con que contó al pedir el dinero prestado, se alejaba más y más. Alguien le aconsejó que solicitase el desahucio. Al principio se resistió, más que nada, por no iniciar una nueva temporada de ajetreos por oficinas. Después de intrincadas tramitaciones que le comían más pesos en estampillas que la pensión, logró obtener una insignificante cantidad, restos de los descuentos usurarios de la famosa Caja de Previsión de Empleados Públicos. ¡Y había pasado un año en ello! ¡Magnífica previsión! Más parecía ayuda post-mortem. Las camisas, el terno café, la maleta «aprendían inglés», para alimentar a su amo, en la otra, la de Crédito Prendario. Pensaba que Chile es el país de las Cajas y de los empleados públicos. Amargado, renegó de todo y de todos.

—¡Al diablo la carrera!—se dijo. No tan sólo de pan vive el hombre.

Dispuesto a cambiar de rumbo, invirtió la miserable suma del desahucio en instalar una carnicería. Y, buen chileno, buscó al inevitable socio. Sonreía al pensar que el comercio le iba a proporcionar una mina inagotable que lo redimiría de la eterna falta de dinero, del eterno «tope» de ambiciones y proyectos. Mas,

pronto se desengañó. Nada de lo esperado se realizó. El socio cortador, «muy listo», se lo echó al saco. Pedía y pedía embaucándolo con el espejismo de que en los negocios había que invertir primero para cosechar después. Pero, la plata se escurría sin devolver «el ganó», hasta que todo se hundió. Perdió sus pesitos, peleó con el socio y, nuevamente, pensó en volver a la educación. Inició otra etapa de audiencias. Le repugnaba, pero era perentorio vivir.

—Pastelero a tus pasteles—se decía, al pensar en lo inútil que es el intelectual. Renegaba de los viejos de sus padres que, por el prejuicio estúpido de arribismo, lo habían metido en la Normal, para alardear entre sus amistades que tenían «un hijo profesor». Faltaba «el hijo cura», no más. ¡Qué más había tenido don Pedro, su padre, que haberlo iniciado en su trabajo! Ya sería independiente económicamente y se «reiría de los peces de colores» que, en este caso, eran el señor Ministro y la cáfila incontable de los demás funcionarios que nadan en la ancha y calefaccionada piscina que es el Erario Nacional, salpicando de vez en cuando, con algunas gotitas a los menos afortunados que miran desde la baranda de su pobreza.

—Sí, el hombre, sólo el hombre podía inventar el llanto y la pobreza.

Y volvió a las andadas. A merodear por oficinas, a solicitar audiencias, a exponer su situación. Una saludable reacción se había operado en él. Una nueva fe le azuzaba. Completaría sus estudios. Por algo vi-

vía en Santiago. Una secreta ambición lo llevó al Pedagógico. Alternó sus estudios con las audiencias. Se le habían hecho un hábito. No dejó títere con quien no habló. Pero... nada.

—Tienes mala suerte, le había dicho un compañero.

—En realidad, hombre. No hay año que no esté casi nombrado. El año pasado faltaba sólo la firma del Ministro; pero, porque no me hice correligionario suyo no me dieron las clases en una escuela nocturna. Otra vez, cayó el Director General. Otra, no existía la vacante a la que me habían nombrado. Estoy quemado, no sé...

Sin embargo, seguía estudiando. Se imaginaba que al recibirse de profesor de Estado, lo considerarían más y le darían algunas clasecitas. Mientras tanto, había conseguido, guiado por un aviso económico, unas horas de la especialidad que estudiaba en un colegio particular. El director era militar retirado y la directora, prepotente y sin tacto, había hecho estudios hasta un segundo año primario en una escuela de monjas.

El dinero allí ganado era poco. Pero, peor era la nada. Por lo menos, tenía techo, pan y el abrigo, ya muy raído, hecho por el sastre de su pueblo. Serían los últimos empeños. Creía—ingenuamente—que sus esfuerzos, sus privaciones iban a constituir méritos definitivos. ¿Qué le podía interesar al señor Director General o a cualquier alto funcionario que un Fulano Vergara, profesor cesante, desconocido, sin influencias políticas o de otra especie, hiciera el sacrificio de per-

feccionarse y, por lo tanto, ser un factor positivo en la culturización del país. La cantinela era siempre la misma:

—No hay vacantes, no se muere ni jubila nadie. Es inútil. Usted habrá visto que no nombramos a nadie, sino que por estricto orden de méritos.

—Pero, señor, yo quiero saber si algún día me van a ocupar...

—No se desespere. Fíjese que hay gente aguardando años más que usted. Usted aun es joven y puede esperar indefinidamente...

De aquellas entrevistas salía más triste y decepcionado que nunca. ¿Para qué luchar? Estaba cansado. Todo se le cerraba. Hacia el lado donde mirase. ¿Qué condiciones y resortes se necesitarían para abrir aquellas puertas? Una gran amargura se alzaba frente a su vida. Sentía que su juventud se desangraba desde las venas diarias. Y ninguna de todas sus ambiciones se realizaba. La dura realidad era aquel edificio vetusto, frío, habitado por seres que se habían mimetizado admirablemente a él...

Continuó dejándose explotar en el colegio particular, que el señor Ministro había declarado «cooperador de la enseñanza del Estado», dirigido por analfabetos y con un «cuerpo de profesores» improvisados, pobre gente hambreada que en algo tenía que ganarse el pan. Pero... una nueva aurora asomaba sus orejas en el horizonte social y político. Ya no era posible soportar más una «oligarquía caduca» que había des

gobernado el país por más de un siglo, en beneficio de unas «cincuenta familias». Todos los puestos y granjerías estaban al alcance de los «apellidos». Una sorda reacción cohesionaba a los desposeídos, a los menospreciados, tanto de clase media como obrera. Esta marea se hizo insostenible, cuando se masacró a los audaces idealistas de un partido político. La efervescencia llegó a todos los rincones, azuzada sabiamente por «ciertos elementos». Vergara, amargado, pospuesto y resentido, ingresó a una agrupación política de avanzada en la que el socialismo era el nervio motor. Asistió a asambleas, reuniones, trabajó, se sacrificó, destacándose en su grupo. En las elecciones próximas, se vengaría tanta infamia. Sería un momento «crucial» en el destino de nuestro aporreado país. Marcaría una fecha inicial de «justicia, orden y progreso». El programa mínimo anunciaba anheladas reformas. Y así fué como el día de la elección los votos, «conscientes y libres», de los ciudadanos superaron con creces a los de los «vendidos, cohechados y ciegos». Una ancha esperanza recorrió la espina dorsal de Chile y estremeció de pavor a la reacción. Por fin, se iban a arreglar las cuentas... El mandatario electo subió al poder en medio del delirio popular.

Vergara pensó que su cesantía había terminado, que la era del reconocimiento de los valores había hecho su aparición. Se dió el lujo de llamar «negociantes» a sus «directores» y de anunciarles que la educación iba a ser el privilegio sólo del Estado y que se barre-

ría con la enseñanza particular incontrolada, comercial y sectaria.

En el gabinete entrante, había sido nombrado un señor Noriega como Ministro de Educación, personaje joven, maestro él mismo, dinámico, renovado... En suma, un «valor», como le llamaba la prensa. Inmediatamente, el Ministerio fué invadido por nubes de postergados, atropellados, cesantes o simples pedigüños de puestos. Era aquello una romería. Como cuando se suelta a presidiarios. Todos se trataban fraternalmente en las antesalas y pasillos. ¡El poder de la esperanza!

—Por fin, estamos nosotros arriba. Ahora se nos va a oír. Pero la alegría y confianza duraron poco. Empezó a oler mal un letrero que el nuevo señor Ministro hizo colocar, y que decía:

«El Ministro concede audiencia sólo los lunes, miércoles y viernes».

Alguien tarjó la palabra «concede» y superpuso «tiene».

Vergara no se presentó en las primeras audiencias. ¿Para qué tanto apuro? Ordenó sus antecedentes, completó certificados y un miércoles, muy rasurado y pre-dispuesto se inscribió en la lista.

—Este Ministro—se decía—ha de ser más justo y me ha de oír y reincorporar al servicio—mientras ponía el hombro a los estrellones de los que pechaban por alcanzar inscripción.

Conversando con los demás colegas, aguardó por horas el instante en que un mozo con voz de falsete, cantara:

—Rosendo Vergara, Luis González, Juan Cornejo, Teresa Avalos. Vergara se levantó de un salto y atravesó el severo cortinón de entrada. El Ministro, de pie, apoyado en una esquina del gran mesón de su despacho, atendía a un maestro. Era aún joven, delgado, faz cobriza en donde se reflejaban antiguos cruzamientos con aborígenes. Sin embargo, algo había en él de antipático, de falso, de bellaquería oficialista. La sonrisa, tal vez, el pliegue de la cara al sonreírse; la mirada astuta y recelosa.

—Usted, ¡qué desea!—le llamó rudamente.

—Señor Ministro, contestó Vergara, tomado de improviso, por lo que el discurso tan estudiado se partió en pedazos incoherentes. Desearía...

—A ver, espérese.

El secretario, un tipete bajo, contrahecho, narigón, tez cobriza, también un tanto gordito, con su cadena brillante, moldeándole el abultado vientre, le comunica obsequiosamente un mensaje. El señor Ministro le escucha y luego truena:

—Dígale a ésa que vaya a solucionar eso con el Director General de Primaria.

—Muy bien, señor Ministro—y se aleja sonriendo. Apenas atraviesa el cortinón, cambia de máscara y aparece ante el público apiñado y aburrido, con un gesto de desgano y autoridad.

—Bueno . . . —dice el señor Ministro, volviéndose a Vergara que ya nada esperaba de su oratoria y de sus dispersas razones—¿Qué me decía usted? Abrevie.

—Deseo que se me den unas dos o tres horitas en Santiago, para no perder los años de servicio. Soy normalista y profesor de Estado en la asignatura de Inglés.

—No, no. ¿En Santiago? ¡Está loco! Haga su carrera en provincia.

—Si, he estado cinco años en provincia.

—Bueno, bueno. Yo no sé nada. Vaya donde el Director General de Educación Secundaria. —¿Y usted, señor, qué desea?—dirigiéndose a otro.

Vergara, con su paquetito de antecedentes entre las manos, se alejó lentamente.

—A lo mejor el Ministro tiene razón—se dijo. Iré a donde el Director General.

Salió a la Alameda y, luego, entró al antipático edificio arrendado que es la Sección Secundaria. Subió la escala y se inscribió. La secretaria fué más amable. Hasta le sonrió al advertirle que tendría que esperar, porque el señor Director estaba haciendo once. Se arrinconó y, observando las facciones de las demás personas que aguardaban igual que él, trató de adivinar los problemas que cada uno ocultaba detrás de su impasividad. Le llamó la atención el gesto compungido de una maestra. Seguramente iría a defenderse de los cargos sobre su «honorabilidad» que habría comunicado a la Dirección alguna directora de liceo de pro-

vincia. Un profesor de unos cuarenta años, o más, se sonreía trasluciendo confianza. Seguramente iba a «recibir» un nombramiento o traslado provechoso, conseguido de antemano por el partido. Otro, que estaba a su lado, empezó a maldecir, dirigiéndose a él:

—Estos personajes se imaginan que uno tiene tiempo de más para perderlo esperando. Este Director es un viejo ridículo. Yo lo conocí mucho en un liceo. Imagínese la «renovación de valores». Se coloca aquí a un jubilado. ¡Qué de nuevo podrá esperarse! Además, no sabe nada del servicio; lo va a ver...

—Pasen los señores González, Pérez, Peña y Murúa—corta la secretaria sonriendo con sus espléndidos dientes blancos, enmarcados por unos rojos labios sensuales. Era la nota fresca y humana en aquel sanatorio ocupacional. El maestro del lado vuelve a la carga con su obsesión maldiciente.

—¿Se fija?—Buena moza, ¿no? ¡La suerte de estos individuos! El Estado les da automóviles y queridas...

Es llamado otro grupo, y el señor se calla.

En la calle, los carros arrastran su ferretería. Hay un largo silencio envuelto en humo de cigarrillo y de perfumes. Entra una mucama, trayendo las once para la secretaria. Esta se instala a servírselas en una orilla de su escritorio. Un excitante olorcillo a café domina en la antesala. Dos tostadas aguardan, también, pacientemente su turno. Un timbrazo interrumpe a la tranquila secretaria en su merienda. Se levanta y acude al despacho del señor Director. Vuelve para decir

que los señores deben esperar, porque El va a una conferencia con el Ministro. Nueva espera. El vecino de Vergara vuelve a la carga:

—Se lo pasau en conferencias y no resuelven nada. Esto está peor que antes, compañero. ¡Qué asco!

Entra a la sala un empleado con un vestón blanco, corto y lleno de botones de concheperla. Tiene apariencia de huaso atildado. Le sigue una damita muy pizpireta y confianzuda.

—Señorita Ortega, dice a la secretaria. Atiéndame a la señorita Inostroza, como si fuera a mí.

Una sonrisa amplia de comprensión vuelve a abrir los rojos labios de la secretaria y pide toda clase de datos a la morenilla, la que se siente triunfadora entre aquel público apático y escéptico.

El vecino de la izquierda le dirige la palabra a Vergara. Deben hallarle cara de bonachón desgraciado.

—¿Usted busca puesto?

—Sí y no. ¿Y usted?

—Yo, sí. Hay un concurso para profesor de encuadernación en una escuela de artesanos y yo me presento. Pero tengo que hablar con el caballero, antes.

—¿Es usted titulado?

—No, no.

—Pero será un excelente profesional, un práctico.

—Tampoco. Hice un curso por correspondencia. Creo que eso me da derecho...

Rosendo cree más conveniente callarse y vuelve la espalda prudentemente al iluso. La secretaria anuncia

que pueden pasar los señores Alvarez, Arenas, Gacitúa y Godoy. Ya son menos. Empieza a oscurecer. Las puertas de calle se han cerrado. Pasa y pasa el tiempo. Una gran modorra envuelve el ambiente. Ya nadie habla. Hasta los deseos de exponer sus casos al Director han desaparecido. Vergara se pregunta qué hace allí. Si verdaderamente tiene un problema que resolver. La realidad se aleja y unas ansias de no pensar, de no moverse le embargan. Ya quedan tres. La señorita pizpireta fué pasada, fuera de lista, hace mucho rato. Ya ha de estar paseándose en el centro o camino del Santa Lucía con el empleado de chaqueta corta, quien se daría, ante ella, aires de importancia al haberle demostrado su influencia. Por fin, llaman a Vergara. Como un autómatá atraviesa el umbral. El señor Director ni le mira, preocupado de una larga conversación con el señor que tanto lo «pelaba» en la sala de espera. ¡Qué de sonrisas para el jefe!

—Don Florián, con usted va a cambiar todo esto. Es usted de un espíritu inquieto, renovador.

—Gracias, gracias, mi amigo. Lo tendremos muy en cuenta. Yo le avisaré de esas horitas—le dice el Director, sonriéndole también y dándole golpecitos en la espalda. Se despiden fraternalmente en la puerta.

—Y usted, ¿qué quiere?—dirigiéndose a Vergara, porque estaba más próximo que los demás.

—Yo, señor, deseo algunas horitas de clases.

—Ah, usted es recién egresado del Pedagógico?

—Sí, señor. Pero he trabajado en la instrucción

primaria en provincia y más de siete años en la Particular.

—Bueno, bueno... y tamborilea en su abultado vientre, afirmando en el bolsillo del chaleco el pulgar. Queda pensando. Sus ojillos azules centellean burlescamente allí en lo profundo de sus cuencas. Es ya anciano. El cabello blanquea en sus sienas. Debiera estar descansando.

—Bueno, bueno... mire... La verdad es que yo no entiendo nada de esto. Vaya a hablar con el Inspector de ramos Humanistas. Hasta luego, amigo. Y que le vaya bien.

Vergara aprieta la mano que se le tiende y, con su inútil paquete de antecedentes entre los dedos, huye de aquel salón atestado de armarios con archivadores en donde está anotada la vida de tanto infeliz profesor

Vergara, lentamente, baja las escalas, que crujen molestas por la hora. Su sombrero es una rueda inútil entre sus manos. Las primeras estrellas titilan sobre la ciudad bulliciosa e indiferente. Con las manos en los bolsillos, vaga por las calles, triste, fatalista. ¡La muralla que estaba delante de él! Es su destino, sus malos astros. Sin embargo, algún día se rasgarán para dejar pasar sus derechos y sus justas ambiciones. Sin la esperanza, añagaza del instinto de conservación, seguramente la vida no tendría más objeto que el de suprimirla.

—¡Estafado!—repite con voz tan alta que un transeúnte le mira y, creyéndole un chiflado, se sonríe con sorna comprensiva. Mujeres alegres, satisfechas, retozonas, pasan. Limosneros auténticos y profesionales estiran sus manos pedigüeñas. Los gritos de los vendedores ambulantes, los secretos de los compradores de «ropita usá», los bocineos insolentes, no logran distraerlo de su obsesión. Maquinalmente se detiene frente a una vitrina de librería donde, de pronto, hiere su atención un libro destacado con un título: «Justicia Social».

—¿Qué? ¡Porquerías! Todo seguirá igual. Yo no tengo tiempo de esperar. Yo necesito comer, vivir—. Siento unas ganas de romper a puñetazos el vidrio y extraer aquel libro para vengarse en él de ministros y directores generales.

Por no hacerlo, se muerde los labios, hunde con más fuerza las manos en los bolsillos y se pierde, taconeando, detrás de una esquina, en donde un letrero luminoso guiña sus rojas pupilas.

Mas, no iba a cejar. «La necesidad tiene cara de hereje», se dijo, y volvió a la carga. El viernes, día de audiencias, estaba ya en el Ministerio. Se le había aconsejado que hablara con el Visitador de Secundaria. De paso retiró, en la Oficina de Partes, un antecedente que le faltaba y que había quedado entre el papeleo en su décima quinta oposición a un concurso. Preguntó a los mozos, que dormitaban, a qué hora atendería el señor Lorenzo Lara.

—¡No atiende!

—¿Por qué?

—Anda fuera de Santiago. Volverá dentro de quince días.

Aprieta los labios, da media vuelta y se golpea los muslos con el paquete de antecedentes. Por no perder el viaje, se acerca a las vitrinas para ver los concursos:

«Llámase a concurso, hasta el 14 del actual, para las siguientes horas:

—Rector del Liceo de Curicó.

—Quince horas de Castellano en el Liceo N.º 2 de Santiago.

—Tres horas de Dibujo en el Liceo de Valdivia.

—Cinco horas de Historia, dos de Inglés y seis de Canto en el Liceo de Traiguén».

No soporta más la lectura de tanta burla. Un aviso pequeño le llama la atención:

«Profesora de Inglés en el Liceo de Puerto Montt permuta 25 horas por diez o menos en Liceo de Talca a Santiago».

—Pobrecita, ¡qué desesperada! Se la come la provincia con su monotonía, sus pelambres, sus pequeñeces... Bueno, ya no hay nada que hacer hasta el lunes. ¡Qué diablos! Baja lentamente. Pasa a la Dirección de Enseñanza Industrial y Minera. Espera un par de horas al señor Director, que se desocupe de una conversación con un amigo. Cuando puede hablar, apenas lo oye.

—Pase donde el señor Aldana, que es el que sabe de estas cosas; pídale una ficha y la llena para tenerlo muy en cuenta. Aparece otro personaje y él se escurre «a la otra esquina», como en el juego del compra huevos. En la puerta de calle, se encuentra con un ex alumno, que lo saluda muy cortésmente y con respeto.

—¡Qué suerte, señor Vergara, encontrarlo! Precisamente, necesitaba una persona como usted para que me diera una tarjetita para algún conocido de Secundaria...

Vergara se le queda mirando; trata de adivinar alguna chispa de ironía; pero, como no ve sino que respeto por su persona, se limita a decirle:

—Ahora no conozco a nadie. Han cambiado el personal.

Transcurren quince días más. Otra vez se llenan los pasillos de solicitantes. ¡El señor Lara atiende! La oficina está repleta de personas que desean hablarle. Algunos llegan y asoman la cabeza con timidez. Otros, paciente y resignadamente, apoyan un hombro contra la pared. Vergara se incrusta en un rincón, detrás de un gran estante con pretenciosos libros de pedagogía que nadie lee. Todos se miran unos a otros con secreta hostilidad. ¡Quién sabe si habrá cuatro o cinco que van por lo mismo! El señor Visitador hace un cuarto de hora que conversa por teléfono y es fácil reconstruir el tema:

—Sí, sí, claro. Pero mañana hay asamblea general. Hay que movilizar a todos los niños.

—Sí, sí, bueno, no; pero yo quiero saber si cuento con su voto y con el de Otaíza. ¿Ese joven que vino ayer? Sí, creo que hay algo. Pero que también vaya...

Por fin, cuelga el auricular y, muy satisfecho, sonríe con su cara de criollo «venido a más». El labio inferior sobresale, sensual, irónico, mientras el bigotillo chaplinesco se arquea un poco, al igual que las grandes y negras cejas. Se levanta con las manos en los bolsillos. El vestón, de un negro ya parduzco y lustroso, deja al aire desafiante una bien redondeada barriga de funcionario. Es bajo y rechoncho. Sus zapatos están mal lustrados. Va hacia la ventana, mira un rato el tráfico de la Alameda y, luego, tiene a bien atender al manso y silencioso público que ha seguido sus evoluciones.

—Bueno, bueno. ¡Qué dice usted, señor González! ¿Qué lo trae por aquí?—pregunta en voz alta. El alulido se cohibe, pues no quiere decir «su caso» delante de todos. Mira en derredor, pero, viendo que nos hay más remedio, baja un poco la voz. El señor Visitador sonríe con ironía. De pronto, irrumpe un individuo que no se detiene a aguardar su turno, sino que entra con desparpajo, y saluda.

—¡Hola, hombre!

—¡Hola! ¡Qué gusto!—contesta el señor Lara, dejando con la palabra al otro.

Conversa algo a media voz. Luego, sale el perso-

naje y llama a una señora, vestida de negro, aun apetitosa.

—¡Te presento a la señora Escobar!

—¡Gusto de conocerla!

—La señora, que es viuda y muy amiga mía, desea un puesto. ¡Dígale, Zulemita!

—Es que—tartamudea la postulante, con la timidez y terror que le produce el señor Visitador—yo soy profesora de Modas.

—¿Titulada en un colegio fiscal?

—No, en una Academia Particular.

—Pero no es posible, yo doy preferencia a las tituladas en colegios del Estado.

—Déjate de leseras, hombre—chancea el señor Muñoz. Tú me debes favores...

—Ya, ya. sólo porque éste es muy mi amigo,—se rinde ante lo inevitable...

Va hacia su escritorio y hojea unos libracos:

—Hay plazas: en Victoria, Mulchén...

—Es que yo quiero en Santiago. Soy viuda y tengo un hijo educándose.

—No es posible. En realidad, no hay, si no...

—Bueno, deme en la Vocacional de Traiguén.

Garrapatea en el libraco y llama a un empleado para que movilice inmediatamente los trámites del nombramiento. El señor Visitador se frota las manos, mira frunciendo las cejas de indio con aire de importancia, mientras brilla el lustre de su traje negro-pardo.

—Bueno, pues, amigo Muñoz... Venga.

Lo llama afuera. Allí secretean un rato antes de volver a la calefaccionada sala. Se miran, cómplices. Al señor Muñoz se le «sale»:

—¡Así que quieres cuatro plazas en el Comisariato! Bien, pues, hombre. Te las daremos. El señor Visitador llama entonces a un jovencito, que parece su pariente, y lo presenta.

—«¡Pasando y pasando y pasando!».

Todos los circunstantes se miran con una ironía hermana.

Golpean en la puerta, que uno de los que están adentro ha cerrado para que no aumente el número de los «audientes».

—¡Pase!—conmina, autoritariamente, el señor Visitador.

El amigo y «su» recomendada se despiden y se van.

Ha entrado una pobre mujer esmirriada, envejecida, de unos cincuenta años. Está tiritando frente a El.

—¿Qué desea?

—Yo, señor, soy titulada en Ciencias hace quince años y nunca me han dado puesto, a pesar de que vengo continuamente...

—¡Qué curioso! Ja, ja—ríe el Jefe.

—No se ría, señor. Me han' engañado. Usted me conoce.

—Aquí no se engaña a nadie. En todo se procede con la más absoluta justicia.

—¿Y cómo no me han dado clases, entonces, señor?

—¡Qué se yo! Habrán habido otros con más méritos . . .

—Es el cuento del tío . . . —suelta la pobre mujer. Quedan en silencio. Ella, temblando de despecho y humillación. El, mirándola con sorna de pies a cabeza, apoyado en la gran mesa escritorio, repleta de solicitudes, decretos, etc.

Por fin, la maestra cesante sin haber trabajado nunca, da media vuelta y se va.

Ocho o diez pares de ojos se concentran sobre El con odio, desprecio, amenaza, reproche. El señor Lara nota la solidaridad psicológica en su contra y, ducho, la deshace preguntando:

—¿Ud., qué quiere?

—¿Usted?

—¿Usted?

Todos dicen sus miserias ocupacionales. Frente a Vergara dice:

—¡Ah!, sí, a usted lo conozco. Me ha simpatizado por su suavidad de espíritu.

—Sí, señor. Hace seis años que me presento a todos los concursos y . . . ¡nada!

—Pero, va a tener que esperar. No puedo nombrarlo así no más. Ha habido reclamos. El Ministro ha pedido que esas vacantes sean llenadas por concursos. Así que preséntese a uno de ellos. Yo tengo interés que usted quede en Santiago. Por eso creo que no hay necesidad que venga más . . . Y se lo queda mirando para atemorizarlo.

Vergara no se da por vencido y le responde:

—Oigame, señor, ¿usted reacciona políticamente para estas cosas?

—Y es así, en efecto—contestó con cinismo. Mire —le propone, después de estudiar la reacción de Vergara—si usted ingresa a mi partido, le doy clases. Vergara no contesta.

—Piénselo bien y después viene por aquí. Le advierto que ya han ingresado muchos jóvenes y tenemos formada una buena sección de profesores...

Y mirándolo con sorna, se aleja a atender a otro incauto. Vergara sale de la caldeada pieza y baja lentamente. Estaba seguro de que si aceptaba tendría clases. Pero .. ¡qué quijotería! Todo es política. Al fin, quién le iba a agradecer su hidalguía moral. El año anterior le habían detenido un nombramiento por no pertenecer al partido que administraba al Ministerio. Mas ... no puede decidirse. Maldito «cafichismo» político. Si hubiese sido mujer, ya estaría ocupado. Pero como soy hombre y no me rindo...

Al final de la escala, se encuentra con un condiscípulo que lo saluda efusivamente:

—¡Hola! Vergara. ¡Qué gustazo!

—¡Qu'iuvo, Méndez! ¿También por aquí?

—¿Y qué otra cosa podemos hacerle, hombre? Ni saben que existes. Tan perfecta es la estadística que llevan. No tienen idea de quienes son profesores, si no venimos a decírselo nosotros mismos con majadería. Sé de un colega que obtuvo unas horitas nada más que

porque se lo pasó haciéndose presente a los jefes durante dos años. Tanto los molestó hasta que lo nombraron.

—Todos no tenemos «carita» para hacer lo mismo.

—Cierto... pero... algo que hacer, si no, hemos perdido nuestra juventud en estudios económicamente inútiles. No hay que dejarse estafar por un Estado imprevisor.

—Dan deseos de hacer una grande... Ellos, muy ocupados en repartirse puestos. Uno se imagina que gobierno es sinónimo de organización, de plan, de responsabilidad. No puedo creer que sólo haya ansias de llegar a él por interés personal. No, no; si ello fuese creído...

—No seas lesa, hombre. Dime, ¿qué te ha ofrecido el gran prometedo de Lara?

—Nada, en buenas cuentas. Ya estoy aburrido. Hace seis años que busco reincorporarme, pero nada. Me voy a buscar alguna «pega» en otra cosa. ¡Todo perdido!

Habían llegado a la Fuente de Soda. Se sentaron en los altos asientos y Méndez ofreció una taza de café. Alguien echó una moneda a la electrola y ésta tronó un vals «latigudo» y sentimental. Vergara continuó sus quejas:

—Esto es peor que antes. Después de tantas promesas, han quedado los mismos jefes del otro régimen. Hacen lo que quieren. No hay escalafón, méritos, na-

da. En las últimas elecciones han explotado hasta nuestra esperanza.

—¿Y que no pertenecías al Partido?

—Sí. Me retiré. Los jefes se dedicaron a repartir las «pegas» entre los de arriba. A los que pertenecemos a este Ministerio, que es del otro partido, nos han botado. Hay algunos camaradas, pero se arrancan cuando los buscamos. ¿Sabes? Se me ocurre una idea. Discúlpame. Ya vuelvo. Voy a hablar con Iturra. Es día de audiencia.

Después de larga espera, fué introducido al despacho del señor Iturra.

—¿Señor?

—Rosendo Vergara, cesante. Estos son mis antecedentes. Soy del Partido.

Esta aseveración hizo fruncir las cejas al jefe y mirarlo con más detención. Luego se ocupó unos minutos en leer las firmas de los certificados.

—Bueno, compañero. Aquí no hay nada. Por lo que he leído, usted tiene demasiados antecedentes para el puestecito que quiere. Las escuelas nocturnas pertenecen al otro partido. Nosotros no podemos hacer nada. Con estos antecedentes, a usted debían darle clases en la Universidad.

Le devolvió con una sonrisa el rollo de papeles. En la puerta de calle, se encontró de nuevo con Méndez. Este se le rió en la cara.

—¿Qué? Tu camarada te habrá llevado de la mano a presentarte...

—Nada. Un pobre hombre que no quiere ni resollar para que no lo echen. ¿Para dónde vas?

—Pensaba hablar con Lara...

—No pierdas el tiempo. Vamos a vagar, será mejor. Acompáñame donde un abogado. La matrona que atendió a mi mujer me dió una recomendación para él. Dicen que tiene mucha influencia con el jefe del Personal Secundario. ¿Ves?

Méndez tomó el pequeño papel con membrete de la «Maternidad Particular» y leyó con esfuerzo los garrapateos en tinta verde: «Gringuita, dígame a su marido que vaya hoy mismo a hablar con don Aniceto Esquivel, Ahumada frente al Banco Chile; hasta las seis está ahí y le dice que va de parte de Aída Urrutia para unas horas disponibles».

—¿Pero qué tiene que hacer ese señor con la educación?

—Mucho. Dicen que es muy amigo del jefe del Personal, como te dije. La matrona ha conseguido con él colocar a muchos maridos de sus clientes.

—¡Cómo se estilan las cosas!

Se fueron conversando por Alameda en dirección a la oficina del abogado de marras.

Nada obtuvo Vergara del abogado. Bastóle saber que no pertenecía a su partido para que lo tratara con indiferencia. Sin embargo, le dió una tarjeta para el Jefe del Personal. Otra tarde de audiencia, éste la leyó y, mirándolo sin verlo, le dijo que nada había.

Para Vergara, era perentorio ocuparse. Los años pasaban sin ser computados como servidos. El colegio particular disminuía los sueldos en vez de aumentarlos. Nadie controlaba a nadie. La democracia estaba en su apogeo. El que era más «gallo» hacía su agosto.

A pesar de tanto fracaso, Vergara volvió a las andadas. Su tenacidad lindaba en la desesperación. Se presentó a un concurso de cuatro horas en Valparaíso. Pensó que por tan poco, nadie se presentaría. Como tenía dudas en cuanto a las posibilidades de estudio de los antecedentes, pegó con goma algunas hojas y los entregó. Cuando fué a preguntar por los resultados, después de dos meses de «estudio», le entregaron los antecedentes. Las hojas estaban intactas, sin despegar...

¿Qué hacer? Era imposible conseguir nada. Todo era compadrazgo y politiquería. ¿Por qué se ocupaban con horario completo jóvenes egresados mucho después que él? El tenía que ocuparse. ¿Cómo? ¿Esperar que se aprobase la jubilación obligatoria a los treinta años, la que no iba a salir por oposición del propio Presidente de la República que no quería perder «energías» aun aprovechables, portergando la de los más jóvenes?... No. El tiempo angustiaba. Debía entrar a la educación fiscal. La particular era una «ayuda» para la época del estudio. Así, por lo menos, se le consideraba. A pesar de que alegaba que no había cesantía, puesto que todos tenían un «sueldecito» en los colegios particulares.

Todo le había fracasado. Todos los medios honestos y dignos. Todos los medios de hombre, los que utilizan los que creen en la justicia y en la escala de valores, los que aun sueñan despiertos, a pesar de la estridencia de los apetitos y de las pasiones. El hombre debía arrebañarse para vivir. Y no por sus convicciones, sino plegándose sumisamente a las entidades que administraban sectores del presupuesto. Lo demás era suicidarse, era lanzar a sus familias al hambre, era escoger el camino más duro para llegar a la muerte. Vergara era el último quijote que se resistía a la claudicación. Violenta lucha libraban en su espíritu la dignidad anárquica, un poco añeja, de sus antepasados y el positivismo socialista de sus contemporáneos. ¿Qué hacer? El señor Lara le había indicado el camino. ¡Sabía mucho el señor Visitador! ¡Qué más daba un partido que otro, puesto que hasta los mismos partidos cambiaban diametralmente de posición, «vueltas de chaqueta» colectivas!...

Con firmeza, tranqueó hacia el Ministerio. Con los ojos casi cerrados, subió las escalas y apareció intempestivamente en la oficina del Visitador de Liceos, señor Lara. Bastóle a éste mirarle la cara, para comprender.

—¡Pase, pase, hombre, Vergara! Yo le decía que no fuera leso—y le sonrió como a correligionario, con su sonrisa insultante y cínica.